

ello contribuiría decisivamente al despegue del incipiente desarrollo científico y a la definitiva liquidación del Medievo.

Desde luego, no se trata de adscribir a Sábato a ninguna corriente precisa del pensamiento, lo que difícilmente toleraría, ni siquiera en su época de madurez, cuando parece profundamente emparentado con los planteamientos existencialistas. Se pretende poner de manifiesto su consciencia de problemas de indiscutible vigencia, y que buena parte del pensamiento y de la literatura contemporáneos han puesto de actualidad. De sus reflexiones sobre el conocimiento científico se podría deducir que éste se concibe—desde una óptica emparentable con la del pragmatismo (William James)— más como una creencia operativa que como comprobación científicamente verdadera, y los problemas que plantea en torno a la verdad histórica vienen a enriquecer la complejidad de un pensamiento profundamente afectado por la crisis epistemológica de nuestro tiempo. «Estimulados por diversas confusiones generosas—señala a propósito de "los profesores que sostiene la doctrina de los 'hechos'"—, mantienen que el historiador debe atenerse humildemente a los hechos. Pero, ¿cuáles? Imagino que ninguno de estos historiadores va a pretender atenerse a *todos*, ya que en ese caso habría que anotar no sólo la cantidad exacta de ganado vacuno existente en Nínive en el momento de su destrucción, sino, también y con sumo cuidado, la posición de las patas y el estado de sus sistemas nerviosos» (H, 25). La historia, como todo conocimiento organizado, implica selección, simplificación, abstracción en último término. Comentando la irritación que provocó la *Vida pública y privada de Sócrates*, de René Kraus, entre quienes aseguraban que nada o casi nada se sabía sobre el biografiado, Sábato ofrece otras observaciones de interés para el tema que nos ocupa: «Esto me parece, por el contrario, una gran ventaja. El arte crea los personajes históricos, y en cuanto a la vida de este filósofo, tiene la ventaja de que todavía permanece casi increada: está todo por hacer. Sus biógrafos pueden inventarlo sin prisa y realizar un trabajo limpio» (U, 99). Si antes había quedado patente la parcialidad inevitable de la historia ante la imposibilidad de ofrecer la multiplicidad de los «datos objetivos», ahora se manifiesta una concepción de la historia como ficción, reiterada en *Uno y el Universo* a propósito de Pitágoras. Si para Borges abolir el pasado equivale simplemente a quemar los anales que lo registran, para Sábato no hay otro pasado que el registrado en las historias, verdaderas o falsas. La realidad histórica (la verdad histórica) ya no depende de los «hechos reales» acontecidos, sino que adquiere una naturaleza eminentemente verbal. Sumadas estas consi-

deraciones a las ofrecidas a propósito del conocimiento científico, podrían extraerse conclusiones de largo alcance: que todo conocimiento no va más allá de las ideas que nos formamos de las cosas, e incluso, llevando tales conclusiones a los dominios del lenguaje, que nuestros conocimientos y pensamientos son inseparables de los esquemas lingüísticos en que se formulan. Sábato no avanza por este camino, pero algo queda de manifiesto, reiterado una y otra vez: el inevitable componente subjetivo de nuestros conocimientos.

Tal componente subjetivo aparece como evidente en el caso de la historia (selección de unos datos en perjuicio de otros, valoración de los mismos, etc.), pero queda también apuntado a propósito de la ciencia, por cuanto factores como el método, el procedimiento o la posición del observador parecen acabar con toda pretensión de objetividad absoluta. Y es posible llegar más lejos: «Es preciso no olvidar que para Eddington —señala Sábato al comentar sus teorías sobre la expansión del Universo— el "mundo físico" no es el mundo exterior, sino el mundo fenoménico; para él, este mundo es parcialmente objetivo y parcialmente subjetivo y sólo nos es dado conocer lo que tiene de subjetivo. El hombre encuentra lentamente aquellos elementos que él mismo puso en la naturaleza: "Ha perseguido durante siglos las misteriosas huellas dejadas en la arena por alguien, hasta darse cuenta de que esas huellas eran las suyas propias"» (U, 57). Palabras semejantes emplea en la «Advertencia» de *Uno y el Universo* para referirse a su búsqueda personal: «Uno se embarca hacia tierras lejanas, o busca el conocimiento de hombres, o indaga la naturaleza, o busca a Dios; después se advierte que el fantasma que se perseguía era Uno-mismo.» La búsqueda de la verdad o del conocimiento de toda realidad exterior terminaría así constituyendo ya no sólo una interpretación subjetiva de esa realidad exterior, sino una indagación, quizá indirecta, en el propio sujeto, en la condición humana.

Es difícil determinar hasta qué punto la desconfianza en nuestros instrumentos cognoscitivos, en su capacidad para abordar o expresar lo demasiado complejo de la realidad concreta o del acontecer individual, ha podido influir en esa tétrica visión de la alienación, el desamparo y la incomunicación del ser humano que caracteriza a Sábato, pero parece íntimamente relacionada con sus planteamientos sobre cuestiones literarias. La condición subjetiva que se atribuye al conocimiento de la realidad exterior es evidente en sus críticas al realismo «ingenuo»: «Suponiendo posible la reproducción fiel del mundo externo —comenta a propósito de Stendhal—, no veo para qué esa inútil duplicación. Muchos se proponen este desatinado oficio de pa-

pel carbónico con tanta furia como ineficacia, por ignorar que el hombre es un papel carbónico que presta a la realidad externa su propio color» (U, 59). Y páginas más adelante: «La causa de tantas interminables discusiones sobre el realismo en el arte hay que buscarla en la tendencia de la mente a dividir y cristalizar lo que está unido y en movimiento. Los realistas ingenuos parten de la base de que fuera del hombre hay un mundo que puede ser conocido o descrito o pintado independientemente de nuestras características sensoriales e intelectuales. Pero la realidad no está solamente fuera, sino también dentro del hombre, constituida por una unidad sujeto-objeto que no puede ser escindida. El conocimiento es la manifestación de esta interacción entre el mundo exterior y el hombre» (U, 119). Toda visión del mundo exterior, en consecuencia, es subjetiva, también la científica en cierta medida. Y con mayores motivos la que se ofrece en una obra de arte, con lo que Sábato parece ponerse en guardia contra ese sector abundante de la crítica empeñado en alabar o condenar al escritor según acierte a reflejar lo que se presupone la realidad, olvidando que toda visión del mundo es personal, acorde con la sensibilidad de un individuo y de un momento histórico determinado: «El arte de cada época trasunta una visión del mundo, *la* visión del mundo que tienen los hombres de esa época y, en particular, el concepto que esa época tiene de lo que es *la* realidad. La civilización burguesa tiene también su concepto: es el de una realidad *externa y racional*. Esto sí que significa una deshumanización, porque la genuina realidad incluye al hombre, ¿y desde cuándo el ser humano está desprovisto de interioridad y cómo es posible suponer que el hombre sea solamente racional» (HE, 88). Desde cualquier perspectiva parece llegarse a la conclusión de que todo conocimiento válido ha de tener en cuenta al ser humano, y que toda indagación ha de constituir, en último término, un intento de profundizar en su compleja condición. Al cabo los razonamientos de Sábato en contra del conocimiento científico —con los abundantes argumentos que le proporcionan las catastróficas consecuencias en que, sobre todo en nuestro siglo, ha desembocado el dogma del progreso— se apoyan en el empobrecimiento que supone en la percepción del universo, ignorante de los sonidos, colores, olores, afectos, pasiones, valores, y, en suma, del hombre: «La ciencia estricta —es decir, la ciencia matematizable— es ajena a todo lo más valioso para el ser humano: sus emociones, sus sentimientos de arte o de justicia, su angustia frente a la muerte. Si el mundo matematizable fuera el único mundo verdadero, no sólo sería ilusorio un palacio soñado, con sus damas, juglares y palafreneros; también lo serían los